

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.



SANTA AGNESE,—ANDREA DEL SARTO,—CATEDRAL DE PISA.



TRAGEDIA OSCURA.



AGITANDO en la mano el último libro de Zola sobre el trágico asunto Dreyfus, me hablaba mi amigo el Doctor H. . . . No cabe duda, me decía, que el número de inocentes condenados es mucho menor que el de criminales impunes. Y sin más preámbulo, como inmediata prueba de su decir, refirióme este episodio:

Descansando en mi superioridad intelectual, en mi posición de médico del puerto de M. . . traté siempre á Garnica, á ese turbio Capitán de cabotaje á quien tenían todos los habitantes del lugar, ni más ni menos que un beluario á una fiera. . . .

Nunca acaricié la esponjada melena de su orgullo, jamás esquivé sus zarpadas coléricas, antes hubo momentos en que empuñando el látigo de la razón conseguí arrinconarlo, como el domador á la bestia, en un rincón de la jaula.

Una noche en una obscura taberna del puerto á donde fui á dar tras de una visita profesional, Garnica *alumbrado* por continuas libaciones y en vena de siniestras confidencias emprendió encarándose conmigo la siguiente narración, que más que desvarío de a'coholizado parece una verídica y tenebrosa confesión que me explicó claramente el por qué de mi aversión instintiva hácia aquel hombre:

—Doctor, ¿se acuerda Ud. de Rafaela, la que tanto tiempo tuvo la fonda de Puerto Viejo? Bueno, pues esa Rafaela ha sido mi gran amor. . . . Ud. alguna vez me ha contado sus aventuras y yo sé que en cuestión de mujeres Ud. es tan valiente y tan cobarde como yo. . . . Rafaela fué mi gran amor; pero ¡qué quiere Ud.! me alejé de ella; tal vez lo mucho que la quise fué lo que me perdió; el caso es que mientras yo me iba á La Paz como segundo á bordo del pailebot *Cuahutémoc*, ella. . . me engañó. . . . Y lo supe pronto porque tenía mi gente; al llegar al lugar de la consignación, ya por el vapor de la Mala me había llegado una carta contándome todo. . . . Rafaela había estado en la plaza de gallos, en las «carpas» de Los Esteros y en la serenata con un tal Avila, que era antiguo conocido suyo y tapatío como ella. . . . Los dos *la habían corrido* juntos y nada. . . . que yo andaba de boca en boca, siendo la irrisión y la burla de todo el puerto. . . .!

Avila, quitándome á Rafaela me había quitado cuanto tenía yo en el mundo. . . . y la verdad, Doctor, que la vida en mi tierra, después de aquello me parecía imposible! Me callé, me estuve fuerte; pero juré vengarme; juré matar á Avila, no á puñaladas, ni á tiros, sino de una manera en que no *arriesgara* nada, ni mi vida riñendo con él, ni mi libertad matándolo sin precauciones. Y ahora verá Vd. lo que *le pasó* á Avila.



«El Maya» era un vapor que venía cargado de mercancías muy valiosas, tesoros casi, destinados á varias ciudades y puertos del Pacífico. Para el obispado traía objetos del culto, custodias, copones, candelabros, el barandal del altar mayor; para el puerto de San Juan, mucha plata en lingotes y además un caudal de valores para una casa fuerte y para una oficina federal. La noche de su llegada «El Maya» fué cogido en la bahía por un chubasco formidable. Todos los *pangos* se hundieron, los barcos anclados se fueron mar adentro á correr el temporal; el viento levantó varias techumbres, las andanillas de olas llegaron hasta la calle del Teatro, y «El Maya» á media milla del puerto y con la caldera apagada hizo agua y se fué á pique. No hubo ahogados, toda la gente se salvó; pero algunos días después una casa armadora del puerto hizo un contrato con los fletadores de «El Maya» para salvar la mercancía y se organizó el buceo. Yo me contraté junto con Avila. Se limpiaron las escafandras. Avila tenía que bajar con otro buzo llamado el «Botete,» mientras que yo debía hacer funcionar la máquina de aire, siendo lo que los buceadores llaman «el cabo de vida,» el que tiene á su merced la existencia del que desciende á las profundidades, puesto que por su acción funciona la máquina que lo hace respirar. «El Botete» bajó primero; se vistió la escafandra, le colgamos los «escapularios,» que son dos enormes lápidas de plomo pendientes del pecho y de la espalda, y por fin le atornillamos al collar la gran cápsula de bronce, el pesado cabezote de metal incrustado de gruesos y fuertes cristales. Lo levantamos en peso y suavemente lo dejamos sumergirse. La máquina de aire funcionó perfectamente y al cuarto de hora volvía *El Botete* del fondo, trayendo consigo parte de los valores y habiendo ganado casi una fortuna, pues más de mil duros le iban á ser entregados por su hábil tarea. Avila, ansioso de igual suerte, estaba ya vestido, abrumado con los escapularios y limpiando el verdoso cristal del «cabezote.» Antes de que le fuera atornillado, dijo dirigiéndose á mí:—Mucho cuidado, amigo Garnica, *ahorita vuelvo*. Yo no le con-

testé, dejé que lo suspendieran y sólo cuando lo vi á punto de ser sumergido, pegué mi rostro al vidrio del *cabezote* y lo miré fijamente con todo el furor de mi odio secreto y contenido. Creí verlo palidecer bajo el cristal verdoso, y momentos después sentí los movimientos desesperados con que desde el fondo Avila, aterrorizado y agonizante sacudía la cuerda de alarma.... Hice de manera que mis compañeros no se apercibieran, y seguí fingiendo que movía el propulsor de la máquina de aire.... Cuando pasaron diez minutos....»

No pude seguir oyendo la narración de aquel infame, prorrumpió el Doctor H... Todos en el puerto habíamos creído que aquel fatal accidente se debía á la falta de un perno notada al hacer la inspección del inyector neumático.... Hasta esos momentos Garnica me revelaba el monstruoso crimen!....

—Y qué tiempo hace de eso, pregunté al homicida, fingiendo indiferencia?

—Sí, comprende! me contestó con cínica y triunfal sonrisa; piensa Ud. que una denuncia acabaría con un malvado como yo; pero no la intente Ud., Doctorcito, Avila está bien muerto hace veintiún años; mi venganza, mi crimen, como Ud. quiera, ha *prescrito* y el que hoy me denunciara sería el mejor buzo del mar. ¡Aguantar veintiún años el resuello! Y con una carcajada de ironía y desprecio glosó el soez retruécano Garnica....

JOSÉ JUAN TABLADA.

LA OFRENDA DE HERODES.

A Rubén Darío.

I

Hinchado el cuello en incitante escorzo,
Y cimbreando su flexible torso
Con nerviosa elegancia de pantera,
Danza la hermosa hebrea ante el Tetrarca,
Cuya mirada voluptuosa abarca
La escultura triunfal de su cadera.

El arpa en su vibrante nervadura
Hila los ritmos de la danza impura;
Y cuando el paso bárbaro termina,
Con viril insolencia de sicario
Manifiesta el intento sanguinario
La boca de la virgen asesina.

II

En el regio vestibulo aparece
Torvo Idumeo, que impasible ofrece
En cincelado plato, helada y yerta,
Una cabeza que cegó el degüello,
Y sangra el tajo del robusto cuello
Cual la corola de una rosa abierta.

Anubla las arrugas de la frente
Que cincelara en cobre el sol de Oriente,
Una sorda tormenta que reposa.
Y al postrer crispamiento en que agoniza,
En los siniestros pómulos se eriza
El bosque de la barba tenebrosa.

III

Frió mortal sobre la Corte baja:
La inmensa palidez que la amortaja
Se ha encendido en relámpago de enojos;
Y vibrando fatídico reproche,
Un rayo cruza el fondo de la noche
Que duerme en el abismo de sus ojos.

Leopoldo Lugones.



UN EGOISTA.

—Primo,—me dijo la pequeña Maud que parecía una muñeca de porcelana de Saxen, dieciseis años, blanquísima, ojos lilas y crenchas rubias—primo, ve á hablar á papá, te lo ruego..... León es tu mejor amigo, y papá me tiene en una prisión y yo no puedo hablar con él..... Papá te quiere mucho y no te negará que León entre á casa..... Anda!.....

La encantadora decía esto con tal mimo, que yo sonrei subyugado y obedecí. Atravesé el vasto salón resplandeciente en la fiesta señorial de la familia congregada; acaricié á uno de los minúsculos sobrinos, un bebé picaruelo como un gorrión, que vino á mí con los brazos abiertos y se asió á mis rodillas gozoso, y en medio al bullicio de conversaciones y risas de la dichosa velada en que viejos, garzones y niños celebraban el día de la abuela, me dirigí al buen sesentón que reposaba en una poltrona, pensativo á pesar de sus ojos risueños, pleno todavía de vida juvenil.

—Tío, me dispensas que te llame aparte?

El tío se levantó apoyándose en mi brazo.—¿Qué mosca te pica, muchacho?—Y complaciente me llevó á un ángulo solitario y agregó en tono zumbón:—Sentaos, caballero, y decidme qué os pasa.

—Tío,—reanudé envalentonado con la cariñosa acogida, pues el viejo en verdad me quería como si fuera uno de sus hijos—León Valmar está verdaderamente enamorado de la bella Maud.....

—Y?..... me interrumpió poniéndose en guardia al ver mi súbito desplante.

—Y Maud está impresionada del bravo mozo, que bien sabes es un pundonoroso heredero de su nombre; por lo cual te ruego encarecidamente, salvo tu experiencia y criterio, le permitas visitar.....

—Mi casa!.....—concluyó el viejo irguiéndose. Pero dominándose y venciendo su extraña impetuosidad en él que era la bondad misma, ante el afecto que me dispensaba y ante mi sinceridad irreflexiva que á pesar mío lo había herido, me dijo en dulce reconvención:

—Bien se ve, Jorge, que no sabes nada de la vida!..... Vaya! te contaré á tí, ya que juegas á hombre..... aunque no, ya que eres un hombre, puesto que hablas en serio de estas cosas..... te contaré á tí la pena que me roe lentamente el corazón á pesar de los años que todo lo hielan, aun los pesares más candentes.....

Y ordenando que llevaran dos tazas de té á su estudio, contó así el buen viejo:

—Antes de que se viera, como esta noche, reunida toda nuestra familia, como bien sabes, azares de la suerte hicieron que se dispersara en distintas ciudades y países. A los veintisiete años de edad, yo vivía con mis dos hermanas y mi madre en una pequeña casa que el laborioso esmero de ellas hacía aparecer un pequeño palacio de infantas en exilio. Un trabajo abrumador de escritorio me tenía alejado todo el día del hogar, y por las noches era para mí un dulce consuelo, la satisfacción heredada de nuestros mayores, pasar breve descanso en la velada familiar, al lado de mi madre, mis hermanas y Alfredo Orrantia, el consentido de la casa, guapo mozo de treinta años á quien yo trataba ceremoniosamente por serme antipático, pero al que mi hermana mayor, Andrea, nos había impuesto á mi madre y á mí, después de oposiciones acres, para aceptarlo como novio oficial. El se presentaba todas las noches correcto, atildado, desde hacía cinco años, y saludándonos con galanterías palaciegas, nos platicaba versatilidades, del mal ó del buen tiempo, de la política, porque éste ha sido desde antaño el país por excelencia de la política, de bailes, y de no sé qué cosas, pero siempre hallaba coyuntura para hablar á solas con Andrea, hasta que mi madre se levantaba de su asiento indicando que ya era hora de dormir. El caso es que mi pobre hermana estaba loca por Orrantia; por él había despreciado ventajosos partidos que se habían iniciado con aprobación de mi madre, que veía en ellos alianzas de familia y prendas morales que solamente con los años se saben escudriñar y justipreciar. ¡Nada! á todos renunció con afabilidad ó dureza, según que insistieran ellos en su pretensión, para preferir aquel hermoso, es verdad, pero hurano joven, taciturno, hastiado de los placeres, según inquirió mi madre, que había sabido dominar á Andrea con su arte maligno para cautivar á las mujeres.

Yo me sublevaba ante aquel noviazgo que contaba un lustro, y me sentía herido al ver que para estudiar el carácter de mi hermana, era mucho estudiar, y que la limpieza de nuestro linaje era bastante blasón á decidir á un joven obscuro, advenedizo, que no poseía bienes de fortuna, sino un alto empleo gubernativo y que estudiando el carácter de su prometida con más prolijidad que un psicólogo moderno, se había enseñoreado en mi hogar gracias á que Andrea era la consentida, la tiranuela por su carácter altivo, pero cautivadora por su hermosura prodigiosa.

Andrea era, en verdad, un prodigio de hermosura: cuerpo donairoso y garrido, rostro de diosa griega, manos ducales, pies pequeños y un porte y una viveza de inteligencia que hacían el delirio de todos los garzones que tenían la felicidad de tratarla. . . . ¿Qué esperaba, pues, aquel bausán que no se casaba? Bien sabía que Andrea era tan hermosa moralmente como era bella en cuerpo y rostro, y que era la encarnación soñada de la felicidad que él estudiaba concienzudamente para ver si le convenía ó no le convenía darla su blanca mano.

Por entonces cambió mi vida que yo veía deslizarse inútilmente, cumpliendo mis sagrados deberes de heredero, sin otra herencia que sostener á mis hermanas, pues la adversidad había segado todos nuestros bienes, y aprovechando la circunstancia de que mi hermano menor se creaba una posición bastante para sostener á la familia como yo la sostuve, después de una entrevista en que me juró cumplir como yo cumplía, desaparecí exasperado por la mediocridad, á impulsos de la ambición que despertaba en mí con los alientos tardíos pero fuertes, de nuestra estirpe conquistadora, y me lancé en busca de fortuna, animoso, apto, desafiador de los peligros que inventa el temeroso y débil, pero que no existen para el que en acción lucha por la vida.

Los primeros años fueron crueles y amargos: no parecía sino que la suerte se obstinaba en vencer mi obstinación, en domar mi voluntad indomable. Bregué como un luchador maldito; saqué fuerzas de mi flaqueza no moral, sino corporal, por el hambre que roía mis entrañas hambrientas. Emigré al Norte, á los Estados Unidos, y erré de ciudad en ciudad como perro vagabundo, sin encontrar más que el precio de mi trabajo diario en labores duras é ingratas, jornal cada vez más difícil por mi estigma de extranjero (entonces el cosmopolitismo no era lo que es hoy) y mi aspecto de judío errante; azoté á New York con mis pies descalzos, me harté en el Bawry con basofia inmunda, cargué fardos en los muelles, todo hice, menos mendigar ni prostituirme al alcohol, porque mi voluntad de triunfar era inflexible.

Un día ví en un diario la noticia de los placeres de oro de California, y sin saber cómo, á pie ó en trenes ó en caravanas de cowboys, me encontré de la noche á la mañana en California, en plenos placeres de oro, y me hice gambusino. Luché día y noche, sin descanso, con el puñal entre los dientes y las manos ocupadas febrilmente en acaparar oro; y cuando hube reunido lo bastante para emprender trabajos de porvenir, de especulación rápida, fui arriero y contratista y ganadero en gran escala, traje muladas y caballadas á los Estados mexicanos fronterizos; y cuando hube acumulado bastante, cuando mi tesoro fué codiciado en Arizona y mi actividad celebrada á los dos lados del Bravo, decidí realizar mi sueño dorado, el sueño de toda mi vida, volver á México, rico, triunfante, poderoso por el poder del oro, salvador de todas las penurias de los míos con quienes había dejado de comunicarme, según mi firme propósito, hasta no hacerme rico.

Volví, pues, casado con mi excelente Alicia, y sin previo aviso me presenté en mi antiguo hogar. Pero no creas que había pasado el tiempo que he tardado en contártelo! Habían pasado veinte años, toda mi juventud, y yo volvía á estrechar en mis brazos vigorosos de cuarentón á mi madre anciana ya, de cabellos blancos y ojos hundidos, aunque por bendición del cielo todavía no declinante, puesto que la ves presidiendo la velada, y á mi hermana Andrea (mi hermana menor se había metido monja y mi hermano se había casado), pero qué Andrea ¡Dios mío! consumida, hecha una cotorra, con el rostro marchito, aparentando juventud á fuerza de afeites, macilenta y resignada, sin los antiguos bríos que desaparecieron al claudicar su belleza peregrina.

El corazón me dolía de ver aquellas dos ruinas vacilantes en su soledad por mi abandono. Pero yo había vuelto ¡vive el cielo! é iba á resarcirlas de tantos males! Nos disponíamos á pasar la velada como en otros tiempos, á reanudar las horas felices de que mi esposa Alicia gozaría también, cuando de improviso apareció en la puerta un vejete acicalado, empomado, embetunado; saludó con galantería palaciega y penetró de rondón, con desenvoltura cortesana, deteniéndose á saludar á Andrea que se había levantado á recibirlo.

—¿Quién es?—pregunté á mi madre en voz baja.

—Alfredo Orrantía. . . . ¿No recuerdas de él?

—¡Alfredo Orrantía. . . ! es verdad, sí, recordaba vagamente al apuesto doncel estudioso de almas, en aquel ridículo vejete calvo, de dentadura postiza, pues bien se le notaba en su voz sibilante, de escasos cabellos y bigote pintados, que me simulaba un esbozo de abrazo que no contesté, y se sentaba ampliamente, á sus anchas, charlando como un viejo loro, del calor, de las enfermedades, de sus achaques y reuma, de quién sabe cuánto más, en tanto que yo lo contemplaba asombrado de su locuacidad.

—¿Qué viene á hacer?—pregunté de nuevo á mi madre.

—Su visita de siempre. . . . —dijo ella con timidez.

—¿Y viene con frecuencia?

—Como siempre: todas las noches—suspiró mi madre con amargura.

Aquella amargura de mi pobre madre me partió el alma. ¡Cómo! Era este mismo bribón el que seguía estudiando á Andrea para ver si le convenía casarse con ella? Era este el monstruoso egoísta que había matado una juventud, que había marchitado una hermosura preciosa y digna, yacente ahora en resignación dolorosa, convertida en un harapo de belleza, sacrificada al abyecto egoísmo de aquel Narciso verde, de aquel criminal abominable en su inconsciente egolatría? Toda la vida inútil de mi infeliz hermana pasó como una visión tristísima con su cortejo de esperanzas, de rebeliones, de exasperaciones, de resignaciones, de amarguras sin nombre, y de pronto, no pudiendo sufrir la greguería del canalla que charlaba como un papagayo, me levanté y le dije friamente:

—Salga usted de aquí..... y no vuelva jamás.

Y no bien él, aterrado ante mi frialdad, obedecía rabo entre piernas y se largó por donde vino, me volví á mi hermana que también se había levantado espantada y la estreché llorando en mis brazos

—He aquí por qué—concluyó el buen tío—te prohibo que me vuelvas á hablar de la pretensión de tu amigo Un novio oficial para mi Maud, que tiene los mismos ojos de mi Alicia! . . . ¡Cielo santo! . . . Que la ganen como yo he ganado á la mía: defendiéndola y arrancándola á una horda de indios salvajes en los desiertos de Arizona!

1901.

RUBÉN M. CAMPOS.



LOS CORDEROS.

El pastor los ha conducido á pacer á un dilatado terreno que no está surcado todavía. La tierra es de color obscuro manchada por sitios rubios en las partes donde el rastrojo es más tupido; y los corderos, con sus patas y su vientre encostrados de lodo seco, con su lana amarilla, son exactamente del mismo color de la tierra; y el pastor también, puesto que tiene una piel de cordero sobre las espaldas. De manera que no se distingue nada, particularmente á aquella hora del crepúsculo: apenas una gran mancha que se mueve de aquí para allá y cuyos contornos cambian de forma; en algunos sitios una manchita semejante: algún cordero extraviado. Los perros ladran. El rebaño se amontona y la mancha se oscurece. Después de un gran silencio, la grey se dispersa, la mancha se extiende. El campo está en el flanco de una colina, la gran mancha amarilla y oscura trepa hacia la cima alargándose, como una lepra que se propaga. La noche llega y envuelve todo.

Luego, lentamente, la luna emerge. Entonces, bajo su luz blanca é impotente los objetos reaparecen: no recobran sus colores, pero exageran sus relieves.

Los corderos informes parecen piedras blanquizas, dominados por su pastor agrandado. Los perros negros, melenudos, brincan y ladran en derredor. Unos primero, luego todos se echan. Semejan un enorme globo reventado que se desinfla y que se hunde. Se aprietan, se pegan unos á otros como pájaros en su nido. Se amontonan á medida que la noche avanza y que el frío viene. Ocupan menos y menos lugar, se reducen, disminuyen. El pastor ya no está erguido entre ellos como una bandera. Se ha tumbado también para tener menos frío. Tiene demasiado calor. Se ahoga casi. Sobre sus pies está un animal que le impide moverse, otro contra su cuerpo á la izquierda, otro á la derecha y su piel de cordero sobre las piernas y el pecho. Está como sepultado entre aquella lana. Sólo la cara tiene descubierta y no siente frío más que en los párpados y un poco abajo de los ojos.

De hora en hora el frío se hace más vivo, más agudo; sus párpados arden, las lágrimas mojan la punta de sus pestañas. Quisiera acercar más á su cuerpo á los corderos que le transmiten calor. Pero siente que uno á uno se separan, se levantan, se desperdigan. Asoma el crepúsculo. Tiembla como si estuviera desnudo, y se endereza, se sienta, se pone en pie. La gran mancha vaga que forma el rebaño, en el crepúsculo matinal como en el crepúsculo de la tarde, otra vez se extiende, crece, se agita, sube, vuelve á bajar, toma y pierde forma en torno suyo, y él permanece en medio, inmóvil, un poco inclinado hacia adelante.

ABEL HERMANT.

(Trad. de «Revista Moderna»).



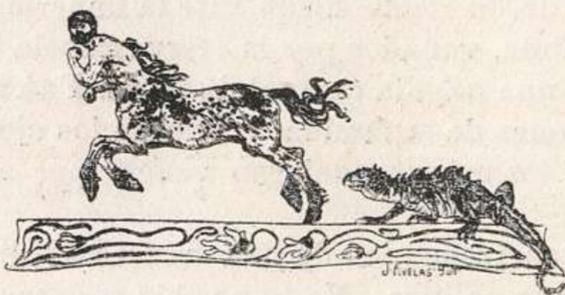


Destaparé mis ánforas de esencia
Y prenderé mis candelabros de oro
Cuando la diosa pálida que adoro
Llene mi soledad con su presencia.

En su pelo de blonda refulgencia,
Y en su labio odorífico y sonoro
Hay el fulgor de un candelabro de oro
Y el perfume de una ánfora de esencia.

Vendrá con su ropaje de inocencia
Y hostigando mi ardor con su decoro,
Pero al fin gozaré de su opulencia
En medio de mis ánforas de esencia
Y mis ardientes candelabros de oro.

Efren Rebollo





DE PARIS.

LA JUVENTUD FRANCESA.—SUS TENDENCIAS.—UN CONGRESO.

Los que aseguran que Francia está en decadencia, olvidan seguramente la actividad y el empuje de estos últimos años. Después de la terrible crisis que, según un escritor inglés, «ningún otro país había tenido la audacia de afrontar,» se ha realizado un trabajo tan vasto de reconstrucción y saneamiento, que no sería aventurado decir que la Francia de hoy está preparando el mundo de mañana. En ningún país, ni en ninguna época, se han acumulado tantos esfuerzos generosos. En todos los barrios se fundan universidades populares, se multiplican las conferencias y se organizan cooperativas. Los grandes sabios, como Buisson, Ducclaux, Reclux y Monad, levantan su cátedra en la plaza pública. Y todo parece tender á difundir la ciencia y determinar una época mejor.

Es una nueva era que se abre después de clausurada la exposición y en la que la juventud francesa desempeña un papel preponderante. Siempre es la juventud la que decreta el porvenir. El siglo que empieza trae el germen de grandes luchas nebulosas, y es muy difícil saber cuál será el resultado del choque de tantas ideas exasperadas y tantas concepciones antagónicas.

Las nuevas generaciones deben cortar el nudo. Por eso es curioso seguirlas en su evolución y sorprenderlas en sus preferencias actuales. No se trata de «estudiarlas,» sino de apuntar algunos gestos, *currente cálamo*, como se escribe una crónica. El reciente Congreso de la juventud, que ha terminado sus trabajos el 3 de Diciembre, hace que todo cuanto se relaciona con este asunto sea de una actualidad palpitante.

El proceso Dreyfus, que dividió á los franceses en dos bandos irreconciliables, tuvo la virtud de colocar frente á frente dos temperamentos y dos filosofías. Las gentes se declararon instintivamente revisionistas ó anti-revisionistas. Se puede decir que lo eran desde antes del error judicial que se discutía. Según predominase en ellos la energía ó el sentimentalismo, estaban fatalmente destinados á ser enemigos ó defensores del capitán Dreyfus. La conformación cerebral, la educación, las lecturas y, sobre todo, el sistema nervioso, bastaron para delimitar los bandos, de manera que los polemistas de un partido y de otro trabajaron sobre multitudes ya regimentadas. En una palabra, el asunto Dreyfus dió lugar á esa clasificación definitiva de los espíritus, tan difíciles de obtener en épocas normales.

De un lado se agruparon los individualistas, los enamorados del principio autoritario, los habituados á obedecer ó á mandar, los hombres de iglesia ó de cuartel: el mundo viejo; del otro se reunieron los altruistas, los científicos, los habituados á razonar y á descubrir la vanidad de los dogmas: el mundo nuevo. La juventud tuvo un momento de perplejidad entre las dos tendencias decisivas. Luego fué cediendo lentamente á sus lecturas, su idiosincracia, sus preferencias ó sus vicios, y se alistó en un bando ó en otro. Los terrenos estaban delimitados.

Si la clasificación se hizo más difícilmente entre la juventud que entre los otros ciudadanos, fué porque la juventud estaba trabajada y solicitada por filosofías y sistemas contrarios que todavía no habían tenido tiempo de imponerse á los espíritus. Cuando las nuevas generaciones vieron que las luchas y las contradicciones que la inquietaban en el mundo de las ideas, se transportaban á la vida real, encarnándose en un proceso simbólico, sintieron cierto miedo ante la imperiosa necesidad de elegir. Sus maestros y sus conductores se habían dividido, ganados por la efervescencia de la ciudad.

Todo parecía dispuesto para una batalla campal de ideas. Fué un momento de pánico. Los que no se dejaron absorber por las opiniones de la familia, volvieron los ojos á sus lecturas recientes. Otros, los aturdidos, cedieron al impetu. Y los más, se dejaron vencer por afinidades sentimentales ó autoritarias.

Las actitudes y los gestos se corresponden de una manera curiosa. Los que profesan ideas avanzadas en arte, las profesan también en política. No es posible ser reaccionario en la Cámara y aplaudir á Wagner en el teatro. Un admirador de Rodin ó de Pissarro no puede ser partidario del rey. Parece que todo está ligado entre sí por simetrías morales. Una actitud en un orden determinado basta para asegu-

rar actitudes semejantes en otros órdenes diferentes. Hasta se puede imaginar una cadena de temperamentos análogos, que se eslabonan á lo largo de los tiempos, manifestándose en un sentido ó en otro con mayor ó menor intensidad, según el ambiente. Picquart habría sido hugonote en el siglo XVI, y Esterhazy, conde romano bajo Alejandro VI.

*
*
*

Por esa razón, la actitud que cada joven asumió durante el proceso, correspondió casi fatalmente á sus actos anteriores. Los egoístas, los epicurianos, los bulliciosos, los que se habían adaptado sin trabajo al mundo en que debían vivir, fueron los enemigos de Dreyfus. Los tímidos, los estudiosos, los que habían sufrido injusticias, los que imaginaban una civilización superior á la actual, fueron sus partidarios.

Es innegable que esta selección había sido preparada por los escritores y los filósofos del siglo, cuyas doctrinas contradictorias despistaban á la juventud. Unos habían proclamado la legitimidad de la fuerza y la ineficacia de la moral; otros habían predicado el renunciamento y la creación de un régimen igualitario. Aquellos eran cóncavos y éstos eran convexos. El porvenir parecía balancearse entre el *Ainsi parlait Sarathoustra* de Nietzsche, y *Le Capital*, de Karl Marx. Toda una literatura se había encargado de vulgarizar las dos concepciones, embelleciéndolas igualmente con el *trompe l'oeil* del arte. Y los espíritus, atormentados ante dos soluciones bruscas, vacilaban antes de orientar sus simpatías.

Las obras de Nietzsche, que acaban de ser popularizadas por las traducciones de Henry Albert, habían producido una impresión profunda. Todos los dispersos del mal y todos los *snoobs* en busca de originalidad llamativa, encontraron en ellas una justificación ó una bandera rara, propia para amotinar á las gentes. Muchos escritores jóvenes, roídos por la pasión de ser originales, habían utilizado las doctrinas del filósofo alemán para fabricarse una contramoral cínica. No les bastaba la indiferencia agresiva de Stendhal, ni la ironía feroz de Barres. Exigían otros disolventes. Era una fracción de juventud que tenía empeño en *épater* á los transeúntes. Las monstruosidades más lamentables parecían tener para ella un prestigio extraño. Afectaba una indiferencia falsa ante la vida, como si se creyese superior á todo lo que le rodeaba. Su doctrina era «el cultivo del yo.» La existencia, según ella, sólo tenía por objeto acumular sensaciones, y para obtener esas sensaciones, era indispensable gozar immoderadamente de todo, sin límites, en una explosión de egoísmo.

Nadie ha olvidado que uno de esos *snoobs*, al regresar de la Roquette después de una ejecución capital, llegó á decir que sólo quería retener un detalle; la poca elegancia con que la víctima había subido las escaleras del cadalso. Esa juventud tenía dos novelistas preferidos: Rudyard Kipling y Wells, que exaltaban la fuerza y descuidaban los problemas del día. El ejemplo típico de lo que podía producir esa alta filosofía, lo proporcionó Jean de Tinán, el autor de *Aimienne*, muerto á los veinticinco años. Nada más doloroso que su libro, en el que hace cuanto puede para parecer perverso, y en el que, á pesar suyo, se transparenta una alma que se esconde rindiendo culto á la moda. Jean de Tinán, como todos los extraviados de su generación, temblaba ante la idea de respetar lo que Nietzsche llama una «moral de esclavos,» y hacía imposibles por convencerse de que el altruismo «impide el libre desenvolvimiento de la vida.» Nadie tiene la culpa de esos naufragios, ni aun el mismo Nietzsche.

Su locura real pudo ser anterior á la lectura oficial que le atribuyen las crónicas. Pero es lo cierto que gran parte de la juventud francesa se dejó arrebatar por la doctrinas de ese imitador de Eróstrato. El asunto Dreyfus se prestó como ninguno á la aplicación de sus teorías.

Frente á esa juventud, se levantó otra juventud más numerosa y considerablemente más sincera, que se inspiraba en Bakounine, Kari Marx y Tolstoi. Proclamaba su fe en la vida y en la naturaleza y tenía la inmensa ventaja de ser una juventud *joven*. Si la otra era el producto de una derrota, ésta era la esperanza de una conquista. Traía una gran confianza en el porvenir y un deseo violento de reformar las cosas y componerlas de una manera equitativa. No provenía ni de la barricada, ni del salón: era una juventud de libre examen. Se resistía á transigir con los prejuicios de la ciudad, hacía gala de un espíritu crítico muy severo, y no temía marchar contra el acatamiento de la mayoría.

Sus novelistas favoritos eran Zola, France y Mirbeau. No era un grupo de ideólogos, ni una reunión de adolescentes obstinados en ensayar una *pose*; formaba una corriente de hombres sanos que salían de las universidades armados para la vida, con una base sólida de positivismo defendido por convicciones y empujados por esperanzas. De esa juventud surgían nombres brillantes como Pierre Guillard, Paul Fort, Maurice Magre y Saint Georges de Bouhélier. Todos arbolaban el deseo de imponer reformas sucesivas, hasta alcanzar un estado mejor.

Eran partidarios de una evolución hacia la humanidad. Y es natural que, en el asunto Dreyfus, fueran defensores de la justicia.

Estas dos juventudes, una egoísta superficial, otra desinteresada y concienzuda, han mantenido su carácter, aun después de apaciguada la agitación revisionista. Representan dos tendencias independientes de un caso particular como es el de Dreyfus.

Aquellos continúan buscando rimas raras, acumulando paradojas y quemando vidas artificiales; éstos persisten en empujar verdades, influir sobre los acontecimientos y luchar por el triunfo de la verdad. Sintetizan las dos únicas soluciones del eterno problema que se plantea á los veinte años. Unos resuel-

ven acaparar todo el bien, otros hacerlo extensivo á los demás: unos someterse al error de la mayoría, otros defender su certidumbre; unos conseguir el triunfo, y otros merecerle.

* * *

Catulle Mendés, que tiene ingenuidades extravagantes, ha dicho que la verdadera juventud es la que conserva siempre la esperanza de meterse la luna en el bolsillo. La insensatez de los que confían en la eficacia del bien, es quizá la mejor tentativa de religión. Todos los progresos realizados hasta hoy son debidos á los hombres, los partidos ó las naciones que han tenido la audacia de confiar en una idea generosa.

De esta polvareda de ideas ha surgido la Escuela de Altos Estudios Sociales que acaba de fundarse en París, por iniciativa de Emile Duclaux, director del Instituto Pasteur, Ferdinand Buisson, director general de la enseñanza, Bourgeois, exministro de Instrucción pública, Seailles, profesor de la Sorbona, y muchos otros hombres ilustres. Es una nueva tentativa de evolución hacia el ideal y un nuevo medio de emancipación ofrecido á la juventud. Se trata de una Universidad donde se enseñará todo lo que se calla en las universidades oficiales. Tiene el carácter de una protesta. Y es muy digna de atención, puesto que la vemos formulada por notabilidades que han dirigido y dirigen actualmente la enseñanza superior en Francia.

La Universidad se divide en tres secciones: la escuela de moral, la escuela social y la escuela de periodismo. La primera está dirigida por M. Alfred Croizet, decano de la Universidad de París, la segunda por M. Emile Duclaux, y la tercera por M. Cornély, el notable escritor, cuyas correspondencias publicadas en este mismo diario, me eximen de todo elogio.

El objeto principal de la nueva Universidad es enseñar á la juventud el mecanismo y el estado de la sociedad en que debe vivir, por medio de innovaciones acertadas y atrevidas, como las conferencias que ha iniciado el Secretario del Ministerio de Comercio, M. Fontaine, sobre la organización obrera. M. Fontaine se propone agotar su tesis, dejando sucesivamente la palabra al Secretario del Sindicato de cada profesión, para que exponga la situación presente, en cuanto se refiere á trabajo, salario y aspiraciones. De esa manera la juventud tendrá una noción clara de lo que es la sociedad actual y de las reformas que exige.

Por lo demás, los cursos abarcarán todos los temas y todas las doctrinas. Se anuncian las conferencias de: Anatole Leroy-Beaulieu sobre «Las doctrinas del odio;» de Eugene Furnière sobre «Las teorías sociales desde 1830 hasta 1848;» y de Albert Croizet sobre «La historia de la moral griega.»

El prospecto programa de que tomamos estos datos proclama que en la Escuela de altos estudios todas las opiniones podrán manifestarse, y que allí no habrá alumnos, sino ciudadanos reunidos para discutir los intereses generales de la civilización. El mérito y el prestigio de las personas que encabezan este movimiento es indiscutible, y los resultados serán forzosamente considerables. La juventud aprenderá á encarar sin miedo los verdaderos problemas de la época y á tener opinión sobre todos los asuntos, sin caer en el *arrivisme*, ni dejarse influenciar por los prejuicios de las generaciones anteriores.

* * *

En ese mismo orden de ideas, pero con un espíritu más juvenil, acaba de fundarse en Montmartre un colegio de estética moderna, bajo la presidencia honoraria de Zola, France, Bauer, Charpentier, Rodin y Descaves.

Esta vez también se trata de luchar contra la enseñanza oficial y ceder á las necesidades de la vida moderna y nuestras tendencias democráticas, creando una casa común, con biblioteca y sala de conferencias, para que puedan reunirse los jóvenes artistas independientes. Los iniciadores son Adolphe Retté, Eduard Rod, Emile Verhaeren, Eugéne Monfort y un grupo compacto de escritores, escultores y pintores ventajosamente conocidos. El origen de este movimiento remonta á un manifiesto publicado hace algunos meses por Paul Luis Garnier y León Parsons. La idea se fortificó después. Jean Jaurés dió una conferencia sobre el «Arte nuevo.» Y muchas revistas de la nueva generación como *L'Effort*, *La Revue Naturaliste* y *L'Oeuvre Sociale*, iniciaron una activa propaganda reformadora. La orientación había cambiado. Los amanerados que antes inundaban las publicaciones del *Quartier latin* con sus excentricidades estudiadas, cedieron el campo á otros escritores más robustos y más sanos que se encaraban con la vida.

Todos los diarios franceses han tenido un aplauso para este enérgico sacudimiento.

Según el partido á que pertenecen y la política que predicán, han hecho ó no reservas sobre las doctrinas que parecen animar á los iniciadores; pero todos se felicitan de que la juventud sacuda su indiferencia culpable y vuelva á tener entusiasmos y convicciones. Ya vaya encaminada en un sentido ó en otro, la acción es siempre un síntoma favorable. El verdadero mal está en la degeneración fatal de una juventud aislada en su egoísmo. Pero—como decía Gambetta—«desde el momento en que los jóvenes bajan al arroyo y se mezclan á las agitaciones del arrabal, todos los peligros están conjurados.» Podrá discutirse la eficacia de ciertas doctrinas y la oportunidad de ciertas reformas, pero es preferible que la juventud se lance tras una pista falsa (admitiendo que sea falsa), á que se encastille en su «yo» y se momifique en actitudes pueriles.

Los que se han mantenido alejados de este movimiento y han persistido en su pereza de *dilettanti*, se han visto obligados á buscar otros puntos de apoyo para poder resistir. Los que no han caído en el nacionalismo, como los discípulos de Barrés, se han precipitado en la monarquía como Charles Maurrás, cuyos artículos en *Le Soleil* son por demás curiosos. Maurrás defiende la monarquía desde el punto de vista del arte. Esto haría casi suponer que el arte se presta á todas las fantasías, puesto que de él se reclamó también D'Annunzio cuando se convirtió al colectivismo.

Pero sería aventurado suponer que los hombres se deciden por la república ó por el imperio, influenciados por la riqueza de las rimas. No es juicioso que la suerte de una nación esté á la merced de un soneto. Los que como Maurrás se han refugiado en el partido reaccionario, siguen siendo los mismos indiferentes incurables. Quizá les disgusta la monarquía un poco menos que la república, pero no tienen una opinión definitiva sobre el particular. Si actualmente parecen apasionarse por el rey, es porque el rey no existe. Y es justo confesar que son consecuentes. Siguen viajando sobre la vida sin interesarse en nada de lo que les rodea.

Estas tendencias acaban de confirmarse en un congreso—el congreso de la juventud—cuya última sesión ha tenido lugar hace algunos días. Todos los intereses estaban representados en esta vasta consulta á las nuevas generaciones. Los congresistas se agruparon por afinidades, en un hemiciclo que parecía la cámara de diputados del porvenir. Los nacionalistas, los monárquicos y los católicos, á la derecha; los republicanos en el centro, y los socialistas á la izquierda. El feminismo estaba representado por tres escritoras de talento, Mlles. Bremontier, Pognon y Meyer. No faltaba un solo matiz de la opinión, ni una sola clase de la sociedad. El congreso presentaba un aspecto alegre y extraño. Nada menos homogéneo que aquellos delegados de la Francia futura que intentaban una reconciliación en el umbral de un siglo. Las cabelleras largas de los artistas, las blusas azules de los obreros, el hábito negro de los seminaristas, y el *jacquet* elegante de los mundanos, se confundían en un ambiente tibio de cortesías agresivas y hostilidades fraternales.

Las discusiones han sido á veces violentas, pero no han desbordado hasta el insulto. Si el presidente se vió una vez obligado á cubrirse y levantar la sesión, fué á causa de un orador «insuficientemente preparado» que se obstinó en ocupar la tribuna contra la voluntad de todos. En general, el congreso de la juventud se ha conducido con más orden y más cultura que muchos parlamentos.

Entre los problemas que debía discutir, el más importante era el de *la herencia*. Las dos corrientes en lucha lo convirtieron en campo de combate, y expusieron á propósito de él, el conjunto de sus doctrinas. M. Monteil, nacionalista, M. Sangier, católico, y M. Vaugeois, partidario del «gobierno del pueblo por una élite,» abogaron por el mantenimiento de la ley actual. La mayoría se declaró en contra. Y M. Paul Bancourt, secretario del ministro Waldeck, ensanchó el debate mostrando el encadenamiento de todas las cosas. Según él, todo hombre consciente debe, en la época actual, tomar partido en pro ó en contra del colectivismo, en pro ó en contra del capitalismo.

De ahí que cuando se examinó el problema del «servicio militar,» todos se declarasen contra la guerra, á excepción de un bonapartista que habló «en nombre de la nobleza á la cual pertenecía.» M. Fribourg hizo á ciertos delegados una pregunta incómoda: Cuando seáis soldado, si recibís la orden de hacer fuego sobre el pueblo, ¿violentaréis vuestros sentimientos de humanidad ó desobedeceréis á vuestros jefes? M. Marc Sangnier, católico, respondió: «Un verdadero cristiano no tiene el derecho de ser soldado, y debe sufrir los peores infortunios antes de someterse á la ley militar.» El espíritu revolucionario de Tolstoi ha penetrado hasta el corazón de los mejores conservadores. La discusión se hace más tibia.

Todos parecen estar de acuerdo. Y cuando Eugéne Montfort habla de las tendencias literarias de la nueva generación «enamorada de vida, de verdad, de claridad,» todos los delegados se reconcilian para manifestar sus simpatías á la escuela naturista y á su fundador Saint Georges de Bocuhélier.

El Congreso de la juventud ha tenido la cordura de no votar ninguna decisión final. Se ha contentado con las ideas, la juventud no puede decretarse una actitud para el porvenir. Sus convicciones actuales son quizá sólo una etapa de su marcha hacia la «plena verdad.» Pero el Congreso ha sancionado un principio elemental que dará rumbos nuevos: la necesidad de influir sobre la vida.

Las generaciones recientes van á corregir el error de las anteriores, aplicándose á operar sobre los acontecimientos. Las indiferencias de antaño han pasado á la historia. Todos tienen interés en reformar ó conservar lo que les rodea.

Los jóvenes podrán diferir en cuanto á la «intensidad de aplicación» de ciertas ideas, pero todos están de acuerdo para ocuparse del bien común. Es un primer resultado apreciable que debe tener su repercusión en América.

MANUEL UGARTE.





Giosuè Carducci.

DA BOLOGNA. *

(TRIBUNA DI ROMA. MARZO 2 1901).

A GABRIELE D'ANNUNZIO.—FIRENZE.

Salute e gloria Italiana pura sul tuo cammino.

CARDUCCI.

* Telegramas cambiados con motivo de la *Canzone* de D'Annunzio *In Morte di Giuseppe Verdi*.



Gabriel D'Annunzio.

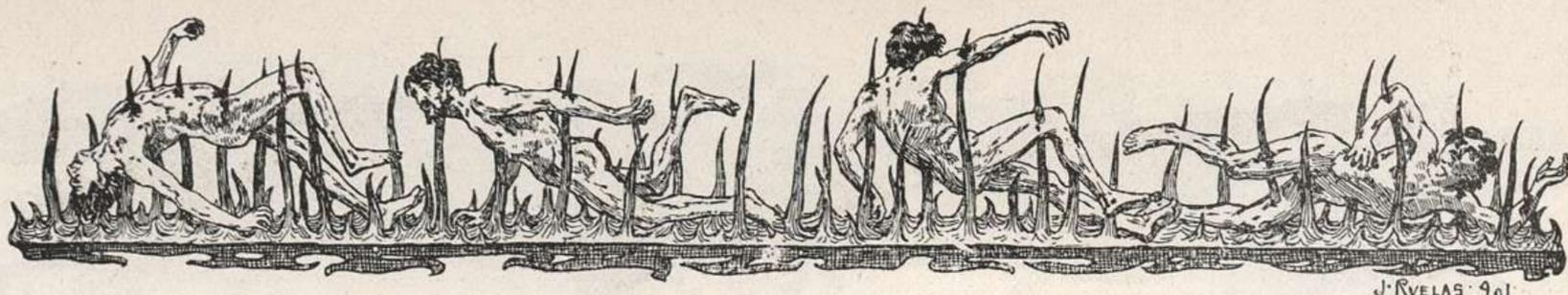
DA MILANO.

(TRIBUNA DI ROMA. MARZO 4 1901).

A GIOSUÈ CARDUCCI.—BOLOGNA.

Caro e grande maestro:
“Nessun plauso eguaglia per me il tuo semplice saluto.
Ho lavorato ostinatamente per meritarlo. Grazie dell'indicibil bene.

D'ANNUNZIO.



J. RVELAS 901

NOTAS BIBLIOGRAFICAS.

«IDOLOS ROTOS» POR MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.—GARNIER HERMANOS. PARÍS, 1901.

LIBROS Y REVISTAS.



A BIBLIOTECA de la América modernista se ha formado. Veo al azar los anaqueles de mi librero: Versos de Darío, Lugones, Freyre, Argüello; prosas de Estrada, Montero, Berisso, Fombona. . . . Bajo marroquines, cueros japoneses y viejos brocateles marchitos, lucen ahí empastadas obras memorables de eufónicos títulos sonoros: «Los Raros;» «Prosas Profanas;» «Las Montañas del Oro;» «Belkis;» «El Color y la Piedra» En un rincón obscuro como el nicho de un mausoleo piadoso, los precursores muestran sus obras venerables y robustas á manera de gruesos troncos de árbol en cuyo alrededor brillan y cantan todas las flores y todas las aves de la actual floresta lírica. Son los libros de Gutiérrez Nájera, de Asunción Silva, de Julián del Casal, y en el oro flavo de sus títulos hay chispas mortecinas de la aureola saturnina y triste de los «Poetas Malditos,» loados por el Pauvre Lelian. . . . Malogrado por el asesinato de temprana muerte como Laforgue, considero á Del Casal; estremecido por ráfagas de pavorosa ironía, de terrible desencanto como Tristán Corbière, discierno á Asunción Silva. Y en el alma aristócrata y mística, sensual y enferma, de Gutiérrez Nájera, no hay acaso resplandores de la regia corona de Villiers y granos aromosos del incienso de Verlaine? Como en un campo de azucenas enfermas albea una fraternal palidez en esas almas y en esos lamentables destinos se ahonda un negror homogéneo, como en un cielo adverso y proceloso! Pero de expoliario á expoliario puede sostenerse que el nuestro, en el que cayeron esos ilustres, en el que jadean los mártires presentes, es el más cruel, el más impío, el más encarnizado y el más sangriento. Allá es un verdugo que aplasta con decisivo golpe de maza, aquí junto al victimario hay un insólito y sabio «Jardín de los Suplicios» y un tropel airado de ululantes mastigóforos! Allá el Olvido tiene resurrecciones y hay apoteosis póstumos. Aquí la rama del Olvido puede llevar la momia de un faraón á la pira crematoria, hacer un terraplén del hipogeo y arrojar luego las cenizas al huracán más raudo del Nirvana. No es idéntico sucumbir crucificado en un calvario á perecer empalado en Tumbuctú, á morir bajo el salvaje silex del scalp. . . .

* * *

«Idolos Rotos,» la hermosa novela de Manuel Díaz Rodríguez, que de París acaba de llegarnos, ha exacerbado en nuestro ánimo las desoladoras ideas acabadas de emitir. Novela de tesis si se quiere, pero sobre todo obra valiente y noble de verdad y de justicia. Diremos en breves palabras la esencia de su simple y palpitante argumento. El héroe Alberto Soria, enviado por su familia á París para completar en la mundial metrópoli sus estudios de ingeniero, siente ahí que su sincera vocación se levanta sobre las insinuaciones del interés práctico y sobre la voluntad paterna, y el ingeniero dejando montañas y estereotomías se encierra en los talleres de Montmartre hasta surgir con un hermoso mármol que la crítica celebra y que en un «Salón» alcanza la medalla de plata. Vuelve á su país por asuntos de familia, de la que es mayorazgo, y con el regreso á ese medio miserable y ruin, comienza su «*via-crucis*.» La cultura por él alcanzada no tiene aplicación posible en aquella sociedad de cursis vanidosos, de palurdos enfáticos, de políticos zafios, elevados de un día á otro merced á las turbias revoluciones y á las más impúdicas intrigas. La envidia llega á insinuar que la escultura premiada en París no fué obra de Soria, sino la de un artista *aux abois* y sin escrúpulos que cambió su genio por dinero. Para nulificar la vil y grosera calumnia el artista modela con morena arcilla de la «tierruca» la fragante nubilidad de una Venus criolla que junta con una ninfa, también obra suya, regala generosamente á la Academia de Bellas Artes. Entrelazado con dos amoríos desgraciados que dan pretexto al autor para pintar magistralmente una serie de cuadros de género *d'apres nature*, vívidos y perfectamente observados, sigue el martirologio del artista. Se trata de la erección de una estatua á un héroe, pero como para ejecutarla no es necesario ser el mejor escultor, sino el adulador más listo y el cómplice de los que de Presidente abajo quieren robar con ese pretexto; el Ministro, días antes mayordomo de hacienda, le da el encargo á un

cualquiera. Naturalmente ese Ministro «no distingue á un picapedrero de un escultor, ni á un alarife de un arquitecto,» pero eso es poco junto á las monstruosidades que integran la soez personalidad de todos aquellos politicastos que la pluma del novelista ha colocado en la merecida picota del más sangriento ridículo. . . . Un bello día, tras de asonadas y escaramuzas, la soldadesca de una «revolución» triunfante invade la capital, teatro de la novela, y la canalla incendiaria y asesina es acuartelada en templos, edificios públicos, en la «Academia» por fin. Y los oprobios que el artista Soria sufre, alcanzan su «climax» cuando temiendo por sus obras llega acompañado de un amigo á una sala del plantel artístico: «Las Venus, al revés del dios de la luz, miraban al techo del salón, no hacia la tierra. Los soldados entre una frenética explosión de erotismo bestial, con las puntas de sus bayonetas habian simulado en los blancos cuerpos de las estatuas el sexo de las diosas». . . . «En las divinas alburas de las Venus aparecían con toda claridad las huellas de los abrazos infames y el inmundo rastro de la más ruin semilla de hombre.»

«Cuando Alberto abarcó, en toda su magnitud, la miseria de sus creaciones, después de considerarlas en silencio durante un largo espacio, de su garganta brotó, rompiéndose, destrozándose, algo que fué mitad sollozo, mitad rugido»

—«Alfonso tenía razón—prorrumpió—Alfonso tenía razón cuando me dijo que me fuera. Yéndome entonces, cuando él me lo dijo, me hubiera llevado quizás algo intacto, me hubiera llevado quizás casi entero el buen amor de la tierra. Alfonso tenía razón: nadie tiene derecho á sacrificar su ideal. El supremo deber de un artista es poner en salvo su ideal de belleza. Y yo nunca, nunca realizaré mi ideal en mi país. Nunca, nunca podrá vivir mi ideal en mi patria. ¡Mi patria! ¡Mi país! ¿Acaso es ésta mi patria? ¿Acaso es éste mi país?»

«Y antes que en lengua bárbara, la bota férrea de nuevos conquistadores, la de los bárbaros de hoy, venidos también del norte como los bárbaros de ayer, la escriba para la turba infame, ciega ante la verdad, sorda al aviso, el artista calumniado, injuriado, humillado, escribió con la sangre de sus ideales heridos, dentro de su propio corazón, por sobre las ruinas de su hogar y sobre las tumbas de sus amores muertos, una palabra irrevocable y fatídica: FINIS PATRIÆ».

Para llegar á tan amargo desenlace, que narrado por nosotros puede parecer violento y atrabiliario, el protagonista sufre cuanta humillación y oprobio pueden herir y lacerar á un sér humano. La indiferencia, la incomprensión de todos, la bárbara ironía del *Mufle* que al contacto de todo intelectual ruge como chacal hediondo á la vista de un posible beluario; las infames intrigas que toman por blanco al artista y acaban con su amor romántico y con su enredo pasional, y por fin el supremo ultraje final.!

El monstruoso caso de barbarie social estudiado en «*Idolos Rotos*» tiene una enorme trascendencia, y aunque el autor quiera radicarlo en Caracas, es, á nuestro juicio, un problema de teratología social común á todas ó á casi todas las naciones de la América latina, en donde el Arte y la Belleza son despreciados por quienes deberían comprender sus altos fines, por quienes deberían estar persuadidos de que el Arte y sólo el Arte puede, sobre otros esfuerzos, consagrar una civilización! No nos sentimos tan pesimistas para creer que uno por uno de los sangrientos golpes de flagelo con que Díaz Rodríguez fustiga á la bárbara sociedad de su novela convengan á todas las sociedades de América. México, por ejemplo, está en ese sentido muy por encima respecto de Caracas, pero no por eso ha resuelto el grave problema de encauzar provechosamente en sus arterias, las corrientes de intelectualidad y suprema cultura que hoy circulan como perdidas, como sin objeto, sobre la periferia del organismo social. No hay aquí iconoclastas como los de «*Idolos Rotos*,» que á golpes de sus indignas armas destrocen el gálibo sagrado de las estatuas, y para encontrar un hecho semejante tendríamos que regresar á un pasado, por fortuna muerto hoy para siempre; pero no por eso deja nuestra sociedad de adolecer de muchos de los morbosos y lamentables síntomas que al rojo fulgor del cauterio de Díaz Rodríguez, vemos corroer como una inmunda lepra el cuerpo de una nación hermana. La novela «*Idolos Rotos*» toca y mueve los intereses de un grupo que engrosa cada día más en América, al analizar cuál es el estado de la joven intelectualidad, perdida entre la estultez barnizada y la barbarie vergonzante de los países latino-americanos y por eso está llamada á tener una grande y merecida resonancia.

Como obra literaria «*Idolos Rotos*» es la obra de un escritor que domina su *metier*, vertida en un estilo sobrio, claro, armonioso y florido, lleno de imágenes justas y brillantes, abundante en léxico y con un vigoroso sello de modernismo.

Algo quisiéramos citar, ciertas descripciones, una magnífica tirada sobre la influencia de París en el alma de los jóvenes emigrantes americanos, y por no quedarnos con el deseo, véase cómo contesta el protagonista á quien le habla laciamente de transigir con la estulta sociedad aquella:

—«No te comprendo, Pedro. Unas veces hablas de luchas y te dices luchador, y ahora hablas de acomodarse al medio. Son dos términos contrarios. Quien se acomoda al medio es un sér pasivo: no lucha. Acomodarse al medio es deponer las armas, ó el arma por excelencia: el carácter. Y el carácter es todo el hombre. La lucha no es amoldarse al medio, sino combatirlo, modificándolo, haciéndolo á nuestras aspiraciones, á nuestras virtudes, á nuestro ideal.»

Y véase ahora cómo entienden su ejercicio ciertas democracias:

«¡Ay de aquel que revelase de algún modo poseer una facultad sobresaliente! la democracia lo excluía, sometiéndole á cuarentena como á un apestado, ó aislándolo para siempre como á un leproso.

Expresar ideas propias, tener un ideal de justicia, aptitudes, orgullo del propio valer, sobrepujar

siquiera en unas pocas líneas el nivel de los otros, eso bastaba á ser inmediatamente sospechado por lo menos de oligarca. Había llegado á entenderse por verdadero demócrata un hombre desnudo de méritos, desprovisto de luces, un semibárbaro atado á groseros vínculos zoológicos, falto de pulimento, recién venido de la hez para honra y glorificación de la canalla.»

Como una simple belleza literaria véanse estas consideraciones, cuando dos amantes sin haber formulado su afecto, comprenden, en silencio, que se aman: «Las palabras no sólo hubieran sido inútiles; brutales hubieran sido, como las guijas con que un chico vagabundo rompe el claro sueño de una fuente. Los dos lo comprendían y callaban. Sus almas, hasta esa noche oprimidas, necesitaban del silencio. En el silencio parecían dilatarse como en la espesura de las frondas la garganta del ave antes de romper en trinos. Y así dilatadas, aquellas dos almas llegaron á rozarse, besándose y acariciándose, al través de los brazos trémulos, como deben de acariciarse dos rubíes, dos llamas, dos rosas, si de mal de amores padecen alguna vez las rosas, los rubíes y las llamas.»

*
* *

Concluyo. La novela de Díaz Rodríguez, literariamente considerada, es obra que merece el amor y el aplauso, aun de los artistas exquisitos; pero como obra sociológica, como noble reacción de un espíritu rebelionado por intolerables infamias, como valerosa protesta contra un vergonzoso y deplorable estado social, su mérito es mucho mayor.

Y al cerrar el libro dos contrarias impresiones deprimen y exaltan el ánimo: la ignominia de que existan sociedades ahogadas por el cieno espeso de tan criminal barbarie y el orgulloso placer de mirar que en plena frente de esa ciudad beocia y relajada se levante la mano de hierro de un moderno Juvenal implacable que á formidables golpes de martillo clave en la frente impura su obra de castigo y expiación, sangrienta y corrosiva como un pasquín, noble y vindicadora como un laudo de triunfante justicia.

*
* *

Han llegado á esta Redacción las siguientes Revistas y Libros:

- «*L'Essai Littéraire*» Revue mensuelle. Organe du Salon des poètes. Paris. Février, 1901.
- «*L'Ermitage*» Paris. Février, 1901.
- «*El Cojo ilustrado*» Edición quincenal. 1º Marzo, 1901. Caracas.
- «*La Alborada*» Semanario de letras. 3 Febrero, 1901. Montevideo.
- «*Venezuela Ilustrada*» Quincenario de Ciencia y Letras. 15 y 28 Febrero, 1901.
- «*Vida social*» Semanario de Literatura. Buenos Aires, 3 y 10 Febrero, 1901.
- «*El Correo Literario*» Semanal. Buenos Aires, Enero y Febrero, 1901.
- «*El Pensamiento Latino*» Santiago de Chile, Enero y Febrero, 1901.
- «*La Revista*» Paris, Marzo 1º, 1901.
- «*El Triunfo del Ideal*» Novela de Pedro César Dominici. Paris, 1901.
- «*Episodios Militares Mexicanos*» de nuestro colaborador Heriberto Frías.
- «*Estudios filosóficos y sociales*» y «*Sociología y Ciencia Económica*» de Enrico Piccione, de Santiago de Chile.

Almanach Popular Brasileiro para o anno de 1901.

J. J. T.

